

RESEÑAS DE LIBROS

He Li, *Sino-latin American Economic Relations*, Nueva York, Praeger, 1991, XII + 197 pp. Marisela Connelly y Romer Cornejo Bustamante, *China-América Latina. Génesis y desarrollo de sus relaciones*, México, El Colegio de México, 196 pp.

Durante las dos últimas décadas, las relaciones económicas entre América Latina y la República Popular China se han desarrollado con rapidez. Ese proceso se encuentra muy bien documentado en los dos libros, uno de He Li y otro de Marisela Connelly y Romer Cornejo Bustamante, que son objeto de esta reseña. Ambos libros analizan los primeros contactos entre América Latina y la RPCh y el inicio de las relaciones diplomáticas entre éstos; la política exterior de China hacia América Latina; la importancia de la Revolución cubana (1959-1969); la expansión y la normalización de las relaciones durante la década de los setenta; la política china de puertas abiertas iniciada en 1978; los factores externos, tales como el comercio, la ayuda, las inversiones y la transferencia de tecnología, y otros aspectos relacionados con la cultura y la política.

Ambos libros ponen énfasis en la creciente importancia de China dentro del contexto internacional y en su surgimiento como una potencia regional e internacional, debido a su extensión territorial, población fuerza militar, y a sus vastos recursos energéticos y de materias primas. El impresionante desempeño económico de China en los últimos años ha hecho que este país se haya transformado en un atractivo centro para la realización de procesos de manufactura por parte de los inversionistas extranjeros. Asimismo, el sector de comercio exterior se ha expandido considerablemente, en particular las exportaciones chinas de productos de tecnología de uso intensivo.

El libro de He Li se centra casi exclusivamente en las relaciones económicas, y si bien destaca los aspectos del comercio, también examina la ayuda, las inversiones y la transferencia de tecnología. Se trata del primer análisis sistemático de las relaciones sino-latinoamericanas y ofrece una evaluación de las tendencias y perspectivas de dichas relaciones; aunque el comercio generalizado todavía se dé en pequeña escala, en comparación con otras regiones, Li pone de relieve que el comercio bilateral ha aumentado rápidamente, hasta el

punto de haber alcanzado los tres millones de dólares en 1989. También es importante observar que la balanza comercial se ha inclinado constantemente en favor de América Latina, y que el interés principal de China se centra en los recursos mineros, que le son tan necesarios, los productos agrícolas y pesqueros. Las exportaciones de China hacia América Latina han sido principalmente bienes de consumo de la industria ligera, artículos eléctricos y mecánicos, arroz, tela de algodón, materiales químicos y productos de tecnología de pequeña y mediana escala. El autor explica que China está ansiosa por expandir su presencia económica en América Latina, pero que el éxito de la venta de su tecnología se ha visto limitado porque, a pesar de su atractivo costo, aún no se conoce lo suficiente en tecnología.

En las relaciones de China con el Tercer Mundo se han dado cambios importantes durante la última década. China emprendió una amplia serie de reformas políticas que aceleraron notablemente el ritmo de su desarrollo económico interno y transformaron su comercio exterior. En su deseo por incorporarse al mercado mundial, los lazos internacionales de China se volvieron menos ideológicos y más pragmáticos; así, ese país dejó de apoyar movimientos insurgentes en todas partes del Tercer Mundo, se acercó a Estados Unidos y entró al FMI, al Banco Mundial y al GATT.

En los esfuerzos de América Latina y de China por diversificar y expandir su participación mutua en los mercados de ambas regiones, hay ciertos problemas que siguen sin resolverse, porque los lazos económicos no se han desarrollado en todo su potencial. Entre los problemas que hay que superar se encuentran la falta de conocimiento mutuo de los mercados; la falta de canales adecuados para llevar a cabo las transacciones y los pedidos debido a los cuellos de botella en los intercambios internacionales; las largas distancias geográficas a salvar que mantienen altos los costos de embarque; las ideas equivocadas que los hombres de negocios latinoamericanos tienen de China; las diferencias entre los hábitos de comercio y los sistemas económicos, y el poco esfuerzo que se ha hecho por ensayar maneras de recurrir más al trueque.

En forma paralela a la diversificación y la expansión, tanto China como América Latina han reconocido la importancia de la cooperación conjunta en industrias de extracción (forestal, pesquera y minera), la participación conjunta en proyectos de construcción, y arreglos de producción industrial conjunta. No sólo las empresas chinas están invirtiendo en América Latina, sino que las compañías

latinoamericanas también están invadiendo China. Otro aspecto de esta cooperación, que en los años recientes ha ido desempeñando un papel cada vez más importante en las relaciones de China con América Latina, es la cooperación técnica, sobre todo con Argentina, Brasil y México.

El libro de Connelly y Cornejo Bustamante cubre un campo mucho más amplio que el de He. Esta obra ofrece un repaso histórico de la inmigración china hacia América Latina y el Caribe desde el siglo XIX hasta 1949. En particular, hace hincapié en la historia de las relaciones sino-latinoamericanas y examina la política exterior que China ha llevado desde 1949. Los autores estudian los contactos iniciales con países latinoamericanos; la importancia de la Revolución cubana de 1959 para las relaciones entre China y América Latina; el rompimiento sino-soviético de 1963 y su efecto en el movimiento comunista revolucionario de esa época; la admisión de China en el seno de las Naciones Unidas en 1971; el reconocimiento diplomático de la República Popular China por parte de la mayoría de los países latinoamericanos durante la década de los setenta, y la situación actual y las tendencias futuras en estas relaciones.

Durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, los contactos económicos entre China y América Latina eran prácticamente inexistentes. En 1970, Chile, bajo el régimen de Salvador Allende, reconoció a China y firmó acuerdos comerciales; además, pasó a ser el único país, después de Cuba, que reconoció como legítimo al gobierno de la República Popular China. Perú y después otros países siguieron el ejemplo; pero sólo tras haber sido admitida China en las Naciones Unidas. A fines de la década de los setenta, China había establecido relaciones con catorce países latinoamericanos y del Caribe. Durante los años ochenta, el número de visitas recíprocas de altos funcionarios chinos y latinoamericanos se incrementó rápidamente, y se firmaron muchos acuerdos y protocolos en las áreas del comercio, la ayuda y la cooperación técnica, científica y cultural. Los presidentes de Argentina, México, Perú, Nicaragua y Uruguay han visitado China en los últimos años.

Las relaciones entre la República Popular China y América Latina son especialmente importantes porque ambos países comparten intereses comunes. En primer lugar, pertenecen al Tercer Mundo y son miembros del Movimiento de los Países no Alineados; asimismo la República Popular China tampoco ve con buenos ojos la carga de la deuda externa que abruma a América Latina. Además, tanto China como América Latina tienen opiniones semejantes sobre asuntos

internacionales que tocan la paz, el desarme, la no intervención y la autodeterminación. A fin de cuentas, las relaciones entre China y América Latina han sido amistosas, y las posibilidades de que se intensifiquen aún más en lo económico son prometedoras.

En 1979, China dio un viraje histórico al delinear su política de puertas abiertas como parte de la restructuración de su economía. Con una política comercial abierta, nuevas relaciones con Occidente y con el Tercer Mundo han dado lugar a oportunidades nunca antes exploradas. En los últimos años, China ha tenido el ritmo de crecimiento del producto nacional bruto más acelerado en el mundo. Al experimentar con nuevos y audaces métodos —incluso la privatización— para rescatar empresas, el programa chino de restructuración económica ha dado resultados palpables.

Ambos libros, informativos y bien documentados, ofrecen nuevas e interesantes profundizaciones que contribuyen a nuestra comprensión sobre cómo funcionan las relaciones entre estas dos regiones. Dada la tradicional atención que ha recibido este tema, las dos obras vienen a llenar un vacío y aportan una explicación clara sobre cómo es que estos dos grupos de naciones se han ajustado a las nuevas tendencias y a los retos que enfrentan dentro de la economía mundial. Hay que hacer notar que los autores tuvieron que recurrir principalmente a publicaciones en español o inglés. Connelly y Cornejo Bustamante observan que las fuentes chinas eran difíciles de manejar, porque la información se hallaba sepultada bajo un alud de retórica repetitiva. Li también señala que el acceso a las cifras o a la información importantes no era fácil de obtener ni siquiera en China. Connelly y Cornejo observaron, por su parte, que las obras en inglés, la mayor parte de ellas escrita por europeos o estadounidenses, con frecuencia estaban demasiado preocupadas por la expansión del comunismo chino y por el rompimiento sino-soviético. En su caso, Connelly y Cornejo Bustamante parecen orientar su libro principalmente hacia un público latinoamericano, y sitúan el resultado de sus investigaciones dentro del contexto de las diferentes tendencias políticas seguidas por China hasta 1992. Los chinos, señalan nuestros autores, desde los primeros años de la década de los sesenta, han demostrado más interés por estudiar América Latina, que el que América Latina ha demostrado por ellos. En un principio, los chinos se centraron en la historia y en la literatura; pero posteriormente se han dedicado a otras áreas. Por extraño que parezca, más de cien novelas de escritores latinoamericanos se han traducido al chino, y el Instituto de Estudios de Latinoamérica de Beijing ha estado publicando la *Revista América Latina* desde 1980.

Muchas cosas han pasado desde la publicación de los libros que nos ocupan, especialmente en el campo de las inversiones. Por ejemplo, los chinos hicieron recientemente una inversión de gran importancia en América Latina, al comprar la empresa peruana "Hierro-Perú", propiedad del gobierno, en 120 millones de dólares que pagaron en efectivo, además de que aceptaron invertir 150 millones de dólares en los próximos tres años, así como pagar 42 millones de dólares de deuda de la compañía.

Una empresa subsidiaria china también ha mostrado un interés considerable por adquirir un contrato para suministrar los servicios de petróleo y gas de "Petroperú". Varias de las más importantes empresas chinas ya tienen representantes en las principales ciudades de América Latina.

Por alguna razón, Connelly y Cornejo Bustamante dejaron a Perú fuera de su análisis por país. Esto resulta extraño, pues Perú no sólo fue el primer país en reconocer a la República Popular China después de que fuera aceptada en las Naciones Unidas, sino que en años recientes ha ocupado el tercer lugar en importancia económica para China. Además, ambos libros dicen poco sobre las relaciones económicas entre China y Cuba, las cuales se han intensificado como resultado de la desintegración de la Unión Soviética y de la caída del socialismo en Europa oriental. A pesar de estas omisiones, ambos estudios contribuyen a nuestra comprensión sobre cómo la cooperación Sur-Sur se ha intensificado. Los autores dejan bien claro que aunque la presencia económica de China en América Latina seguirá creciendo mientras dure su política de puertas abiertas y la aplicación de las reformas, las estructuras económicas de China y de los países latinoamericanos más importantes son complementarias en buena medida, y por ello conducentes a la expansión comercial. Sin embargo, la influencia de esa presencia en América Latina no es una de las regiones prioritarias para la República Popular China, además de que ésta no se encuentra en posición de desafiar el papel de Estados Unidos en la región. Hay que añadir que existen amenazas potenciales en la medida en que las exportaciones de maquinaria y de productos manufacturados de alto procesamiento, producidos en Argentina, Brasil y México, compitan con las de China por los mercados mundiales.

RUBÉN BERRIOS

Traducción del inglés: Germán Franco

Edward Said, *Culture an Imperialism*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1993, 380 pp.

Que un libro hable de la expansión económica, política y cultural de Europa y, más tardíamente, de la de Estados Unidos a escala planetaria no es, después de todo, algo nuevo. Que ese mismo libro lleve por título dos palabras que tuvieron enorme resonancia en la teoría política y cultural de hace dos décadas, no es extraño. Pero que el autor conjugue esas dos palabras, que por sí mismas abrieron enormes espacios de debate, con una estrategia de lectura que reconoce las trazas de la crítica literaria posestructuralista es, al menos, interesante.

En un gesto que remite a sus trabajos anteriores, Edward Said ofrece esta saga de *Orientalism*. Sin embargo, en esta ocasión el intento es más vasto, porque también lo es su objeto y su estrategia: revisar y cuestionar la construcción de un "tercer mundo" homogéneo por parte de la figura emblemática del imperialismo. Escrito desde una perspectiva menos disciplinaria, este libro apuesta a participar en el difuso campo de la crítica cultural actual. Una crítica, por cierto, conformada en uno de los lugares centrales del mundo occidental: Estados Unidos. De esta situación se deriva la tensión que atraviesa el conjunto de la obra de Said, y que se hace presente con gran intensidad en *Culture and Imperialism*: cierta condición de exilio, a la que el autor sitúa en un plano de equivalencia con las experiencias culturales y sociales de los inmigrantes del llamado Tercer Mundo en los "territorios del desarrollo". Said, como decíamos al principio, trata de escapar de un único marco referencial, al que de alguna manera estaba ceñido en *Orientalism*. Ahora, a las reflexiones sobre el Medio Oriente, se incorporan las lecturas críticas de los escritos europeos sobre África, India, el este de Asia, Australia y el Caribe. Todas estas dimensiones de la espacialidad cultural y social son "leídas" desde los esfuerzos europeos por controlar y gobernar territorios y gente distantes. Pero será una lectura preocupada por establecer cierto orden, si no cronológico, al menos temático, en la forma como se fue desarrollando el proceso imperial. Por esa razón el libro comienza en el plano de las representaciones, pensando las relaciones entre imperio, geografía y cultura, es decir, las maneras como un conjunto de imágenes sobre "los otros" empiezan a poseer el estatuto de un saber constituido sobre aquéllos. En cierta forma, es la presentación de una genealogía de las representaciones

generadas por Occidente, articuladas en el espacio de un dominio, que devendrá pragmático y eficaz, sobre sociedades no occidentales. Said moverá esta situación dentro de un contexto donde las definiciones y, en un marco más amplio, las formaciones discursivas construidas desde Occidente se enfrentan a otras experiencias y narraciones, y al hacerlo, las formas de percepción de un pasado “puro” se desarticulan en tanto pierden la legitimidad originaria conferida por una mirada cargada de certezas. No es casual que durante el siglo XIX, tal como lo señala Martín Bernal (citado por el autor), se haya desarrollado todo un proceso de eliminación de las raíces semitas y africanas, primero de la historia del Egipto antiguo y después de la Grecia clásica. De este modo, se fueron definiendo los límites de lo aceptable para la elaboración de una historia que se situaba en el lugar de las narraciones monolíticas del Estado-nación y para la cual la presencia de otros registros que produjeran confusión, mezcla e incertidumbre, representaba una amenaza.

Said descubre que es justamente en el espacio abierto por los fenómenos migratorios de la actualidad, en la formación, sancionada positivamente por la tradición liberal, de sociedades multiculturales —aunque se muestre escéptico con el concepto— donde se encuentran las posibilidades de resistencia al patrón homogenizador del imperialismo. En la propuesta del autor, a esta situación inicial le sigue la consolidación de las esferas de intervención y de construcción discursiva del imperialismo. La narrativa de la novela inglesa del siglo XIX es examinada teniendo como clave la ampliación del mundo colonial inglés. Charles Kingsley, Dickens, Henry James, T. Lawrence y Rider Haggard son algunos de los nombres que tocan este itinerario. Las lecturas de Said sobre la ópera *Aída*, de Verdi, muestran cómo es posible dar cuenta de las representaciones imperiales explorando territorios menos tradicionales.

Serán, sin embargo, los dos últimos capítulos, los que producirán en el lector grandes sorpresas. Said explora la posibilidad de encontrar, en la profusa trama de la literatura que surgió dentro del contexto de las luchas de liberación, un pensamiento abierto, teórica e ideológicamente, de la trampa histórica en la que se ha constituido el nacionalismo. Ésta es la clave del análisis de la obra de Yeats, a quien Said agrupa, en una inusual lectura, con escritores y pensadores como Wole Soyinka y Frantz Fanon. En el universo de las representaciones sobre la situación colonia y de los esfuerzos por desembarazarse de ellas, Said encuentra un “ritmo” común que expresa la amplitud del proceso imperialista y su vinculación con el

surgimiento de nuevos registros y prácticas culturales, las cuales obligan a los actores sociales y, en particular, a los intelectuales de las áreas "periféricas", a repensar constantemente su propio papel y los instrumentos que utilizan para expresarse. El lenguaje es uno de estos aspectos que, particularmente en *Las cosas se deshacen* de Chinua Achebe y la escritura de Yeats, se manifiestan con gran intensidad: ¿cómo hablar, desde una sensibilidad forjada en el espacio cultural de la colonización, en la lengua del colonizador?

Al presentarse como un texto de crítica cultural, *Culture and Imperialism* manifiesta más abiertamente sus apuestas políticas. "Freedom From Domination in the Future" es el último de los ambiciosos itinerarios emprendidos en este trabajo; es el espacio textual en donde se concentra con mayor intensidad el espíritu crítico literario en Edward Said y en donde, también se aparta más de su *métier* de crítico literario. Said cambia la naturaleza de los títulos, de enunciados al principio del texto, tales como "Images of the Past", "Pure and Impure" o "Two Visions in Heart of Darkness", nos encontramos con "American Ascendancy" o "Movements and Migrations" hacia las últimas páginas. Es en este espacio en donde las reflexiones de Edward Said derivan por el ámbito de las representaciones generadas en la esfera de los *mass media* norteamericanos respecto de la guerra del Golfo Pérsico y por los itinerarios de la actitud imperial de Estados Unidos que, si bien se muestra como el remplazante de las antiguas metrópolis, ejerce esa actitud desde una posición cualitativamente diferente: la de ser el único superpoder sobreviviente.

Básicamente, la reflexión que atraviesa por completo el libro es aquella que se refiere, tal como lo señala el título, a la interrelación entre cultura e imperialismo. Una interrelación que afirma el carácter inevitablemente mezclado de la cultura durante y después de las experiencias imperiales/coloniales. Esta situación abre un enorme campo de reflexiones y prácticas sociales novedosas, porque el mundo se ha vuelto menos homogéneo, más diverso, porque nuestras calles han cambiado, como diría, en otro libro, Marshall Berman. Sin embargo, será también un mundo que intentará forjar a los individuos dentro de un único molde, obligándolos a representar a los otros y a autorrepresentarse desde cierta perversa esencialidad. Leamos, para terminar, al propio Edward Said: "Nadie, hoy, es puramente *una* cosa. Etiquetas como indio, mujer, musulmán o americano no son más que puntos de partida [...] El imperialismo consolidó la mezcla de culturas e identidades en una escala global.

Pero su peor y más paradójico legado fue permitir que las personas creyeran que eran única, principal, exclusivamente, blancas, negras, occidentales u orientales.”

ALEJANDRO DE OTO

Sumiko Iwao, *The Japanese Woman: Traditional Image and Changing Reality*, Nueva York-Toronto, The Free Press, Macmillan Inc., 1993.

En este libro, Sumiko Iwao se propone desmitificar la clásica representación occidental de las japonesas. Para Iwao hay un error de base en interpretar como sumisión y reserva lo que en realidad forma parte de un código de feminidad diferente que, según la autora, constituye el motor del cambio para la sociedad japonesa de fines del presente siglo. Los componentes clave de dicho código sería un sistema reactivo de valores, el pragmatismo y la sensibilidad.

En el primer capítulo, titulado “Mitos y realidades”, Iwao afirma que la pasividad y el sometimiento deben remplazarse por un fenómeno que ella define como una revolución silenciosa, más solapada que la que protagonizaron los movimientos organizados de mujeres en Estados Unidos, con cambios lentos pero constantes de una generación a la otra. Las protagonistas del cambio, según Iwao, son las mujeres pertenecientes a la generación nacida después de la Segunda Guerra Mundial (entre 1946 y 1955), sobre todo, las que han tenido acceso a los niveles superiores de educación y pertenecen al medio urbano. Son éstas las que constituyen los sujetos de estudio de la autora.

Otra preocupación que aparece prácticamente a lo largo de todo el texto es la necesidad de comparar el tipo de construcción de las relaciones hombres-mujeres que han realizado las norteamericanas y las japonesas. La clave de la diferencia estaría en el pragmatismo, la no confrontación y la búsqueda de perspectivas a largo plazo propias de las japonesas que las colocaría en ventaja frente a las norteamericanas, en la lucha por la igualdad. Aun el mismo concepto de igualdad tenía otro significado para las japonesas, quienes la conciben como sinónimo de equilibrio de ventajas, oportunidades y

responsabilidades calculadas *over time*. Resulta irónico, dice Iwao, que la subordinación y exclusión de las japonesas de los altos cargos empresariales las haya dotado de una libertad de pensamiento y de acción de la que adolecen los hombres, por lo que ellas han podido explorar su propia individualidad. Esto último es algo que le está totalmente prohibido a los hombres, alienados por sus obligaciones hacia las *empres* donde trabajan. La autora sintetiza este fenómeno bajo el subtítulo de "Hombre superior, mujer dominante".

Por otra parte, la autora afirma que los hombres reconocen su inferioridad en el ámbito privado, así como su dependencia frente a las mujeres. Y es en ese espacio privado de la familia —que Iwao define como esencial para la estabilidad y prosperidad de la sociedad japonesa— en donde la mujer fijaría los límites dentro de los cuales se moverían sus esposos. Habría que preguntarse si una presentación como ésta del "reinado" de las mujeres en la esfera familiar no está justificando un proceso histórico de socialización fijado por los hombres, como un ejercicio de poder precisamente para poner cotos a los espacios de expresión femeninos.

El cambio en los papeles atribuidos a las mujeres puede observarse, comparando tres generaciones contemporáneas: la vieja generación (mujeres nacidas antes de 1935); la primera generación de la posguerra (mujeres nacidas entre 1946 y 1955) y la joven generación (mujeres nacidas entre 1960 y 1969). La segunda de esas generaciones se presenta en los capítulos II y III, usando como caso de estudio la vida de Akiko (nacida en 1948), una mujer de la clase media de Yokohama. En este capítulo la autora estudia los cambios en la educación, el acceso al empleo, el matrimonio y la familia frente a las generaciones contemporáneas de sus padres, suegros e hijos. Un elemento que se destaca es el del notable retraso en la edad de matrimonio en las mujeres, lo que ocasiona un grave déficit, sobre todo en el campo, para los hombres entre veinte y treinta años. Así, no resulta raro que la solución haya sido "importar" mujeres del sudeste asiático o de China. Pero, además, sucede que la misma concepción de familia ha cambiado desde la posguerra, con lo que la familia nuclear se ha vuelto más privada y autocontenida con un consecuente debilitamiento en la interdependencia de sus miembros.

En el capítulo IV, la autora analiza cómo se ha redefinido la comunicación en el ámbito de la pareja y cómo las crisis de ésta pueden desembocar en el divorcio, cuya tasa es muy baja, pero en constante ascenso.

El papel de la madre, que se trata ampliamente en el capítulo V,

se define como la esfera principal de la familia, cuya importancia tradicional permanece inalterada. Para muchas mujeres, dice Iwao, el papel de madre continúa siendo el principal hasta que sus hijos comienzan la escuela primaria; aún más, sus vidas giran en torno a la crianza de sus hijos. En este capítulo, la autora comienza a tocar un tema que sigue tratando en el siguiente: las mujeres que trabajan. Ella destaca que como consecuencia del crecimiento económico se han producido dos fenómenos aparentemente contradictorios: por un lado, muchas mujeres comenzaron a trabajar por razones que nada tienen que ver con el mantenimiento de sus familias y sí con su realización personal; por el otro, muchas optaron por ser amas de casa de tiempo completo. Estos fenómenos comenzaron a manifestarse en el período comprendido entre 1960 y mediados de la década siguiente. Según los datos estadísticos que aporta la autora, 80% de las mujeres japonesas que trabajan en compañías lo hacen en pequeñas y medianas empresas, en un mercado de trabajo que se caracteriza por su escasa movilidad. La diferencia se hace presente en los salarios: las mujeres perciben 61 yenes por cada 100 percibidos por los hombres.

En el capítulo VII, se analiza la situación de las profesionales y sus ámbitos de trabajo, destacando que las esferas de decisión siguen siendo cotos masculinos, aunque no exista ningún impedimento legal para que las mujeres sean incluidas en esos espacios de poder. Sin embargo, señala la autora, son pocas las mujeres jóvenes interesadas en la promoción de sus trabajos, pues prefieren otras formas de realización social, fuera del ámbito de la empresa. Entre los factores que inciden en esta actitud que observa Iwao, habría que señalar la representación muy tradicional que los compañeros hombres tienen de las mujeres que trabajan y lo que inhibiría la capacidad de iniciativa de éstos en pos de la promoción. Más adelante la autora indica que los presidentes de empresas consideran a sus colegas femeninas como “de mente estrecha”, “emocionales” e “indecisas”. ¿Cómo actuar para dar órdenes a hombres que las conciben inferiores? La solución inteligente ha sido tomar elementos de ese mismo arquetipo femenino tradicional y ejercer el papel de madre en la familia empresarial.

En el capítulo VIII se presenta la situación de las mujeres en la política nacional japonesa. La experiencia de Doi Takako, dirigente del Partido Socialista Democrático, no sólo es un ejemplo de los cambios operados en los espacios de protagonismo político que ocupan los japoneses, sino también destaca los muchos escollos que

todavía restan para la participación activa de las mujeres en esas esferas políticas. Iwao también indica las maneras indirectas de protagonismo político, como el papel clave en la movilización del electorado que desempeñan las esposas de los miembros del Parlamento o de los candidatos durante las elecciones. Asimismo, señala los falsos espejismos de partidos como el Liberal Democrático que incluye a numerosas mujeres entre sus dirigentes, pero que se basa más en su popularidad o su atractivo físico que en las habilidades políticas que puedan poner en práctica.

En el capítulo IX se resalta el activismo político de las mujeres en las organizaciones de base ciudadana, donde desempeñan un papel esencial en la gestión de lo cotidiano.

Finalmente, en el capítulo X, Iwao explora las direcciones del cambio en las actitudes y comportamientos de la actual sociedad japonesa. Es interesante ver en este capítulo el estudio de qué tipo de representación de la mujer construyen los hombres de las diversas generaciones y cómo conciben ellos los cambios operados.

A partir de esta interesante propuesta, que consiste en pensar a las mujeres japonesas como agentes de cambio de toda la sociedad, vale la pena preguntarse si realmente los patrones que Iwao observa en mujeres de la clase media pueden generalizarse para definir a 'las japonesas'; creemos que sería interesante investigar cuáles son las dimensiones del cambio en las mujeres de otras clases sociales y en las de las minorías étnicas. Es cierto que la sociedad japonesa es bastante homogénea pero hay otras realidades de japonesas que no pertenecen a la clase media urbana y que tal vez no tengan su papel dominante, pero aun así inciden en la realidad actual y forman parte de ella.

MÓNICA CEJAS